

AMO A LA IGLESIA

Homilía en el décimo aniversario de la muerte de Monseñor Manuel Larraín.

Talca, 22 de junio de 1976

La Iglesia Católica de Chile, fraternalmente acompañada de ilustres representantes de Latinoamérica y Europa, recuerda hoy -cumplidos 10 años de su muerte- a don Manuel Larraín Errázuriz, Obispo de Talca.

Pocas veces esa palabra, "recordar", se ha aproximado tanto a su sentido primero: guardar en el corazón. Es así como recuerda la Iglesia: como María. Es así como celebra la Eucaristía: guardando en el corazón el Cuerpo y la Sangre, realmente presentes, del Cristo allí recordado.

Las recordaciones de la Iglesia no son meros arranques de nostalgia. La Iglesia recuerda para poner en presente el amor. Ella sabe que el amor de Cristo es más fuerte que la muerte, y que los que han vivido y muerto por Cristo siguen acompañando a la Iglesia, en comunión de gracia y de destino, iluminándola y urgiéndola con la vigencia de sus propios carismas.

¿Cuál es el carisma con que nos acompaña don Manuel?

¿Qué compromiso importa para la Iglesia Chilena recordar hoy a Don Manuel, y así guardarlo y llevarlo en su corazón?

Enseña San Pablo que el más excelente de todos los carismas es el amor. Y el mismo Pablo testifica que el gran amor de Cristo es su Iglesia.

Hoy podemos decir que ése fue y continúa siendo el carisma de D. Manuel: amó a la Iglesia y se entregó por ella. "Quiero -expresa él mismo, en su Testamento Pastoral- que mi última palabra sea para la Iglesia, el gran amor de mi vida sacerdotal. Ofrezco mi muerte como supremo holocausto por ella".

"Amó a la Iglesia": es lo más bello que se puede decir de un hombre. Es el carisma más excelente. Un carisma que no pierde nunca vigencia.

Don Manuel amó a la Iglesia apasionadamente. Y concretamente.

La amó en el Papa, a cuya persona y autoridad profesó la más fiel adhesión. La amó en sus obispos, en su fraterna colegialidad, en la figura de Padre y Maestro, de Pastor y Pontífice que él encarnó ejemplarmente. La amó en sus sacerdotes y seminaristas, que lo sintieron siempre cercano y suyo. La amó en sus religiosos y religiosas, comprendiendo y estimulando su sed de Absoluto y su testimonio profético del Reino de los Cielos. La amó en sus laicos, creyendo en ellos y llamándolos a participar, en comunión jerárquica con sus obispos, de la misión evangelizadora de la Iglesia. La amó, especialmente, en sus pobres, cuyo desvalimiento excitó, en su corazón de Pastor, un inagotable caudal de justicia y misericordia. La amó en su pasado, bebiendo cada día de su

auténtica tradición. La amó en su presente, con esas miserias de hoy y de siempre, que duelen a quienes la aman, pero les corroboran también su origen divino. La amó en su futuro, contribuyendo poderosamente a anticipar su nuevo rostro y ofreciendo su vida para que fuera el rostro sin mancha ni arruga de la Esposa de Cristo. La amó trabajando, orando y sufriendo. La amó pensando y enseñando. La amó en su Diócesis y en su patria, en Latinoamérica y Europa, en la universal comunidad de los creyentes. La amó, como Pablo, solícito por todas las Iglesias, con un corazón de las dimensiones del mundo. La amó, también y sobre todo, cuando la fidelidad a ella le pidió quedarse en la Cruz.

Eso importa recordar hoy a Don Manuel. ¿Cómo podríamos llevarlo en nuestro corazón, sin hacer nuestro su único, su apasionado, su exclusivo amor por la Iglesia?

El universalismo de Don Manuel no le impidió, sin embargo, privilegiar algunos aspectos de la vida y misión de la Iglesia. El mismo se encargó de enumerarlos: "Estos han sido -nos dice en su Testamento Pastoral-mis tres grandes ideales: la Liturgia, la Acción Católica y el Problema Social. Les dejo como legado continuar esta tarea".

Desentrañemos brevemente lo que se nos pide en cada una de estas tres tareas.

Ser Maestros de Oración

El Obispo comúnmente conocido y célebre por su inquietud social; el propulsor infatigable de nuevas estructuras, más aptas para encarnar la justicia; el defensor ineludible de los más débiles y oprimidos, fue un maestro de oración.

Fuimos testigos de su amor y celo por la Sagrada Liturgia. Del gozo con que celebraba los divinos misterios. De la solidez y continuidad de su vida de oración personal. Lo vimos siempre en la vanguardia de auténticas reformas litúrgicas, ansioso de abrir, a los sacerdotes y fieles, el tesoro de la Palabra de Dios y posibilitarles una participación consciente y fructuosa en la celebración de los sacramentos. Lo conocimos firme, hasta la intransigencia, en la reprobación de los abusos, experimentos no autorizados e improvisaciones que, bajo pretexto de innovación, no hacían ni hacen otra cosa que desprestigiar las reformas y defraudar el derecho del Pueblo de Dios a orar genuinamente con la Iglesia.

Sabía Don Manuel -era su experiencia personal- que la oración más bella, la más escuchada, la que mejor satisface el anhelo de paz, la más apta para formar comunidad, es la oración de la Iglesia, y sabía también que la oración así cultivada, lejos de alienar o marginar al cristiano de su responsabilidad para con el mundo, forma su conciencia -personal y comunitaria- y lo urge a traducir en ese mundo los misterios de fe, caridad y esperanza que ha celebrado en la Liturgia. Por eso se atrevió a escribir: "El mundo no será salvado ni por los sociólogos ni por los sabios ni por los políticos, sino por la capacidad de oración que sepamos despertar en torno nuestro. Lo que la Iglesia ante todo

nos pide es que seamos hombres de oración. Se precisa la acción; pero más aún se necesita la oración!"

Si no conociésemos el texto del Concilio, nos bastaría haber conocido a Don Manuel para entender por qué la Liturgia -y en particular la Eucaristía- es la fuente y la cumbre de toda la actividad de la Iglesia.

En una época que reclama con tanta urgencia el dinamismo -casi más que eso-, el titanismo social; en que el apóstol cae con frecuencia en la tentación de abandonar lo que le parece, por espiritual, superfluo o postergable, en aras de una eficacia inmediata y comprobable, se levanta la figura de este luchador social, que extrae toda su fuerza del manantial de la oración de la Iglesia, y hace confluir en él todo su ser y actuar. Allí, en esa afirmación rotunda del primado de la oración; en ese amor que se goza orando con la Iglesia; en ese responsable celo por generar ambientes densos y cálidos de oración, se revela inequívocamente el dedo de Dios.

Quienes nos sentimos depositarios del legado de Don Manuel, hemos contraído con eso el compromiso de poner a nuestra Iglesia en estado de oración. Como dice en su Testamento Pastoral: "Para sentir con la Iglesia hay que orar con la Iglesia".

Inspirar un humanismo nuevo

La Iglesia nunca fue ni podrá ser una secta, replegada sobre sí misma y desentendida de la marcha por el mundo. Desde la mañana de Pentecostés, ella vive impulsada por el Espíritu, en estado de misión. Su destino es todos los hombres; pero también, todo el hombre. Los primeros cristianos entendieron su presencia en el mundo en términos semejantes a lo que es el alma para el cuerpo: ella está, toda entera, en cada parte del organismo, dándole la vida.

Una misión de ese alcance y naturaleza exige el concurso de todo bautizado. No sólo por un problema numérico, de cantidad, sino por una cuestión de identidad. El Evangelio pide encarnarse en la cultura misma del hombre, allí donde se forjan sus juicios, su mentalidad, sus decisiones; allí donde se investiga la verdad, donde se hace la ciencia, donde se expresa la belleza, donde se construye la ciudad humana. Allí el laico juega un papel insustituible. Esa misión -evangelizar la cultura y las culturas del hombre- le pertenece en primer lugar y directamente a él, por derecho propio. La realizará, por cierto, en comunión jerárquica con sus Pastores, dejándose iluminar por el Magisterio como depositario de la Revelación Cristiana e intérprete de la ley natural. En permanente diálogo, se mantendrá al tanto de las directivas y prioridades de la Iglesia, y formará según ellas su conciencia, para luego obrar con legítima autonomía en su campo propio.

Como Asesor Nacional de la Acción Católica y miembro del Consejo para los Laicos en la preparación del Concilio, tuvo Don Manuel lucidez señera sobre la importancia del apostolado seglar. Luchó para que no se produjese un trueque o invasión de competencias entre sacerdote y laico. "Hay que dar al laico -escribía- su lugar en la Iglesia y su misión insustituible de constructor de la

ciudad terrestre, según el orden querido por Dios. A él le corresponde una labor irreemplazable, que nosotros los sacerdotes no podemos ni debemos sustituir. Si existe un peligro que es necesario evitar -el laicado divorciado del sacerdocio- existe también este otro: el de un clero que asume tareas laicales que no son de su competencia. Hay un laicado adulto que no quiere ser tratado como un menor de edad en funciones que le son propias”.

En parecidos principios se arraiga la incansable lucha que Don Manuel libró en favor del carácter aconfesional de los partidos políticos integrados por cristianos. Continuando y reforzando una tradición marcada por preclaros obispos, entre los que sobresale don Crescente Errázuriz, sostuvo que "ninguna civilización, ninguna clase, ninguna nación, ningún partido podría apropiarse de la Iglesia. Prolongación de Cristo en el tiempo, tiene como Él sus brazos bien abiertos para acoger, sin distinción de clases ni partidos, a toda la Humanidad". Decía esto en su homenaje de recuerdo del décimo aniversario de la muerte de Monseñor Juan Subercaseaux. No imaginaba que algún día sus mismas palabras podrían volver a citarse, esta vez en su elogio, también a los diez años de su muerte.

¡Libertad, independencia de la Iglesia! no para eludir un compromiso ni enquistarse en una falsa neutralidad, como si a ella le fuese indiferente el devenir social y se interesara sólo en lo Eterno. No. Libertad, independencia de la Iglesia en cuanto tal, para estar en condiciones de prestar su servicio: ser sacramento de unidad. Para poder inspirar, animar y congregar en su seno, por igual, a todos sus hijos, insertos en diversas comunidades, clases o partidos, cada cual según su conciencia, pero obligados todos para con el Evangelio como norma suprema de su actuar. Libertad e independencia de la Iglesia respecto de cualquier régimen o sistema, para seguir siendo conciencia crítica, libre y liberadora. Para respetar mejor, también, la propia iniciativa y madurez del laicado, dejando a la conciencia de cada uno normada, sí, por la Iglesia- el tomar sus propias opciones.

De estos laicos, así formados y enviados, por la Iglesia, a su tarea específica de construir la ciudad terrena, se espera la parte fundamental de un humanismo nuevo, cuyas líneas maestras se contienen en la Constitución *Gaudium et Spes*, en el discurso de Pablo VI al clausurar el Concilio, en la Encíclica *Populorum Progressio* y en la Exhortación *Evangelii Nuntiandi*. El legado de Don Manuel nos impone la tarea de formarlos, capacitarlos y enviarlos a promover ese humanismo nuevo, que no es otro que el humanismo cristiano. Sin él -nos advierte Pablo VI-, los hombres terminan siempre organizando la Tierra contra el hombre. Sin él -concluye, citando a Don Manuel- los hombres no conocerán la ansiada paz, porque el desarrollo -concebido integralmente como servicio a todo el hombre y a todos los hombres- es “el nuevo nombre de la paz”.

Laicos que los hombres puedan reconocer como suyos, identificados con sus luchas y aspiraciones, capaces de tender puentes de unidad y de servicio desinteresado. Laicos que a la vez también la Iglesia pueda reconocer como suyos, por sus frutos -justicia, verdad, mansedumbre, paz, rechazo a la violencia, todo el espíritu y acto de las bienaventuranzas-; por su vida

sacramental, y por su fidelidad a Cristo, presente auténticamente en sus Pastores. La Iglesia no puede limitarse a denunciar situaciones de injusticia y violencia: tiene que formar y enviar hombres capaces de construir la verdad en la caridad.

Recordar hoy a Don Manuel es revalidar ese compromiso.

Privilegiar a los pobres

Aquí la Iglesia se siente tocada a fondo. Ella sabe que el pobre -epifanía de Cristo- es nuestro juez. Se sabe depositaria de un Evangelio de misericordia. Pero se sabe también urgida por un amor que impera justicia. La Iglesia vive de una Alianza con un Dios que ha tomado a los pobres bajo su especial protección, y que se siente personalmente ofendida cuando ellos no reciben lo que les pertenece.

Don Manuel hablaba mucho del "gran escándalo del siglo XX"; del gran sufrimiento de la Iglesia: que la clase obrera se alejase de ella: ¡de la Iglesia del Hijo del Carpintero!

Por eso aplicó todo su talento, su dinamismo, su influencia a la difusión y práctica de la Doctrina Social de la Iglesia. El campo era vastísimo. Había que empezar por reafirmar el derecho y deber de la Iglesia de pronunciarse con autoridad en estas materias. ¡Es tan fácil pretender inhibirla, desautorizarla, acusándola de invadir un terreno para el que carecía de competencia o de estar cediendo a la tentación de hacer política y demagogia!

Había que recordar, o promulgar, las normas del magisterio de la Iglesia, acogidas tantas veces con incredulidad, con escepticismo o incluso sarcasmo, como si describieran situaciones ya pertenecientes al pasado o urgieran soluciones imposibles. Había que señalar que la justicia y la opresión existen, pero también mostrar concretamente dónde están, cuáles son sus causas y cuáles los remedios. Había que formar sacerdotes y laicos idóneos, para divulgar esa Doctrina Social y traducirla en nuevas estructuras, nuevas normas de derecho, nueva mentalidad. Había que asumir, concretamente también, la defensa de los trabajadores en casos conflictivos, donde sus derechos no estaban eficazmente garantidos. Había que arriesgar experiencias, como creación de cooperativas, sindicalismo cristiano y la entrega de las propias tierras en la primera iniciativa de Reforma Agraria.

Nada de eso puede hacerse sin sufrir la contradicción. Don Manuel bebió su cáliz amargo, fue acusado de hacer política y demagogia, de traicionar su ministerio pastoral. "Ante la majestad de la muerte -expresa en su Testamento- afirmo que no he hecho ni lo uno ni lo otro. He cumplido con un deber de Iglesia: trabajar para que la clase obrera retorne al seno de su Madre que la aguarda. La Iglesia tiene su Doctrina Social. Debe enseñarse con valentía. Debe aplicarse con decisión. Muchos no me han comprendido en esta posición".

El gran enamorado de la Liturgia, el maestro de oración, no podía aceptar un

abismo entre el culto y la vida política, económica y social: "las doctrinas sociales de la Iglesia son obligatorias y necesarias -escribía-. Hacer distinciones entre lo religioso y lo social, para aceptar lo primero y rechazar lo segundo, es ponerse fuera del pensamiento católico". La comunión con el Cuerpo y Sangre de Cristo debía mostrar su autenticidad en un comulgar, también, con el dolor y la esperanza de los miembros privilegiados del Cuerpo del Señor. "Debemos luchar -decía- por una economía humana al servicio del hombre y no del lucro. Las necesidades vitales de la población deben primar sobre todo. La miseria y el lujo no pueden tener cabida en una sociedad cristiana".

Privilegiar a los pobres. No callar nunca cuando el pecado de su opresión clama al cielo. No temer la incompreensión ni el escándalo -más de una vez farisaico- de aparecer, como Cristo, prefiriendo al enfermo y al débil. Arriesgar, incluso, que esta decidida acción en favor del oprimido sea mañosamente aprovechada por otros. Nada de eso puede retraer a la Iglesia de su amor por los predilectos de Cristo. Así está ella en su gran tradición, la que arranca directamente de su Maestro. Es también la más pura tradición de nuestra Iglesia Chilena, como lo prueba un estudio sereno de su historia. Don Manuel Larraín juega en ella un papel preponderante. Él contribuyó -en modo substancial- a imprimirle esta dirección, tan consecuente con el Espíritu del Señor, que ha ungido a la Iglesia entera y la envía a evangelizar a los pobres y anunciar a los cautivos la buena nueva de su liberación. Recordar hoy a Don Manuel es aceptar de nuevo esta carga, preciosa y pesada.

Pero aceptémosla sin temor. Es como el yugo de Cristo. Su amor lo hace suave y llevadero. Aceptemos el carisma de Don Manuel, con toda su permanente vigencia.

Amemos a la Iglesia. Particularmente nosotros, Pastores en ella y para ella, por el Espíritu Santo. Amémosla como ama el esposo a su esposa, como ama el amigo a su amigo, como ama el pastor a su oveja: hasta dar la vida por ella.

Amemos a la Iglesia como la amó y la ama Don Manuel. Citando al entonces Monseñor Montini, describía en el fondo el sentido de su propia vida:

"Amaremos a los que están junto a nosotros, y amaremos a los que están alejados. Amaremos a nuestra patria, y amaremos la de los demás. Amaremos a nuestros amigos y amaremos a nuestros enemigos. Amaremos a todas las clases sociales, pero sobre todo a los que tienen más necesidad de ayuda, de socorro, de promoción. Amaremos a los niños y a los ancianos, a los pobres y a los enfermos. Amaremos a aquellos que se burlan de nosotros, a los que nos desprecian, a los que están contra nosotros y nos persiguen. Amaremos a los que merecen ser amados y a los que no lo merecen."

Hasta aquí llega, hermanos, nuestro recuerdo. No habrá sido sólo una nostalgia. Ahora, como en toda Eucaristía, que se haga carne y sangre en nosotros.

Así sea.

Talca, 22 de Junio de 1976.